

EL DÍA DE LA MADRE

Los puritanos de no se sabe muy bien qué, están que trinan con tantas fiestas y tantos “días de”. Yo he de decir que cada vez estoy más encantado. Al fin y al cabo, las fiestas son la quintaesencia de toda cultura, es decir de todo sistema de valores. ¿Que el comercio va íntimamente ligado a cualquier festejo? Pues lo natural, lo que ha existido siempre desde que el mundo es mundo. Es que no hay manera de saber si las ferias se engancharon a las fiestas religiosas, o si fueron éstas las que se engancharon a las ferias: son inseparables. De hecho, cuanto más importantes son las fiestas, tanto mayor gasto acarrear. Y las que no llevan gasto, acaban extinguiéndose.

Bueno, aquí tenemos el Día de la Madre, como tuvimos el día de San Valentín (el Día de la Mujer Amada). Y puesto que el día no se tiene en pie sin el respectivo obsequio, pues ya sabemos lo que toca: el regalo a la madre. Un regalo que por cierto es de los más humildes: ahí están las floristerías para sacarnos del apuro. En este caso la joyería y la perfumería son la excepción, no la norma. Pero la pregunta del día es: ¿Hacia falta un día de la madre?

Para responder ajustadamente, hemos de ver lo que representa la **madre** en nuestra **escala de valores**. Esa es la cuestión: ¿qué representa la madre no sólo culturalmente, sino incluso antropológicamente? Una ligera observación en el mundo animal nos advierte

que los animales, en su práctica totalidad, dejan de tener madre tan pronto como son capaces de valerse por sí mismos. En ese momento se rompe la relación madre-hijo. Está claro, pues, que la maternidad de por vida es una característica humana. No es algo meramente fisiológico, como la maternidad funcional, sino que es una institución eminentemente cultural, o mejor dicho, **espiritual**. Es un factor decisivo en la construcción del alma humana. En la relación madre-hijo se construye el increíble mundo de los **sentimientos**. ¿Es eso poco? A ver, lo repito, porque ahí tenemos una de las claves de la calidad humana: de cada individuo y de cada sociedad. Repito pues: en la relación madre-hijo se construye en cada ser humano el insondable mundo de los SENTIMIENTOS.

Por no alargar esta reflexión, me referiré a uno solo: EL AMOR. Es el mayor de todos los inventos de la naturaleza: es la fisiología convertida en alma en toda la naturaleza, y elevada a su más sublime perfección por la MADRE. Es la gran obra de creación que hace cada madre en su hijo: le labra un alma a imagen y semejanza de su propia alma. Le inculca todos sus sentimientos con la leche que le da de mamar, con su contacto, con su voz, con su mirada, con todo su ser y su hacer. Es un trabajo de orfebrería. Y no se detiene al acabar la crianza sino que, ya de forma distinta, continúa durante toda la vida. Una madre es para siempre, y un hijo también.

Vale la pena detenerse a meditar todo esto, porque es la llave que abre muchos de los secretos de nuestra conducta tanto individual como colectiva.

Tiempo hubo en que el oficio de madre justificaba toda la vida de la mujer. La verdad antropológica es que se le inventó a la madre un marido (y al hijo un padre) para que la madre pudiera ejercer su oficio con sosiego, para que ese fuera su principal quehacer. De hecho, así lo manifiesta el nombre del matrimonio (“**oficio de madre**”). Así funcionó el mundo durante milenios a lo largo y a lo ancho de casi todas las culturas. Pero aparecieron en el horizonte de la mujer y de la sociedad en que vive, valores tan superiores a la maternidad, que acabaron arrinconándola en todos los casos, y eliminándola en muchos. Es oportuno recordar en efecto, ante la celebración del día de la madre, que la maternidad no está de moda, como tampoco está de moda el “matrimonio”, instituido para consolidar y salvaguardar la relación madre-hijo.

El OFICIO DE MADRE está en decadencia; por eso el producto de ese oficio, los hijos, ya no son lo que fueron. Ni para la madre, ni para la sociedad. Hace ya mucho tiempo que la madre ha de compaginar su excelso oficio con otros no tan excelsos, o renunciar a él. Las condiciones de vida de la mujer, y no sólo de ella, en el primer mundo se han convertido en el más poderoso inhibidor de la maternidad. De ahí resulta

que queriéndolo o sin querer, hemos abandonado al tercer mundo el oficio de madre, como tantos otros oficios en los que la gente del primer mundo no nos sentimos ni a gusto, ni realizados. Suena raro, pero es estrictamente así: la MATERNIDAD es para nosotros TERCERMUNDISTA. ¡Qué cosas! Para hacer llorar a las piedras. Una madre ya no es lo que era, y un hijo, tampoco.

Por eso, porque se trata de un valor que se nos está perdiendo, vale la pena que mientras aún podamos, los que podemos, disfrutemos de la madre. No sé por qué me vienen a las mientes los versos de Bécquer: *Volverán las oscuras golondrinas... pero aquellas que el vuelo refrenaban tu hermosura y mi dicha al contemplar, aquellas que aprendieron nuestros nombres, esas no volverán. Volverán del amor en tus oídos las palabras ardientes a sonar... pero... como yo te he querido, desengáñate, así no te querrán.* Es que no sabría decir por qué, pero me da el palpito de que madres como las que nosotros hemos tenido, esas no volverán. Y que los quereres de antaño, en que la madre era el refugio seguro de los hijos, y era adorada y venerada como una diosa, esos quereres no volverán.

“*Madre, la bendición*”. ¡Cómo me impresioné la primera vez que oí esta frase a un colombiano que acabando una conversación por teléfono con su madre, se despedía de ella. *Madre, la bendición*. Y seguramente la madre le bendeciría confor-

MARÍA

En homenaje a las madres ofrecemos el nombre de María, el más abundante entre las mujeres, porque en él se glorifica la maternidad.

me a tan noble ritual. Luego la he escuchado decenas de veces, y cada vez me ha sonado como un homenaje y un acto de veneración a la madre. En países menos envejecidos que nosotros, la madre sigue siendo lo más grande. Pero nuestro tejido cultural se ha impregnado de tal modo de esa progresía que considera la maternidad como un castigo para la mujer y una antigualla para la sociedad, que la maternidad ha retrocedido espantada. Y ahora, ¡oh paradoja!, las que tienen hijos aquí en España son las mujeres inmigrantes. Como si en efecto el de madre fuese uno de los peores oficios. Los hechos contabilizados en estadísticas nos ahorran todos los argumentos.

El problema social y espiritual tremendo no es sólo que nos estemos quedando sin hijos; es que nos estamos quedando sin madres. Y esto, para la calidad del tejido social es tremendo, porque lo dejamos sin la urdimbre que le da la mayor consistencia espiritual. ¡Qué manía con el espíritu!, ¿no? Sí, en efecto, porque estamos comiéndonos los frutos amargos del materialismo. Grave es quedarnos sin hijos y que los tengamos que importar, como quien importa ganado. Pero al fin y al cabo, con suerte los podemos criar como si fuesen nuestros propios hijos... si se dejan, cosa que no es nada fácil, porque ni los nuestros. Pero madres de importación... eso es imposible. O se tiene madre, o no se tiene; los sucedáneos no funcionan.

Celebremos a nuestras madres mientras las tenemos. Vivamos del mito de una maternidad que algunos hemos vivido en todo su esplendor, pero hagámonos a la idea de que tal como nos hemos montado la vida, cada vez tendrá menos espacio vital. En este mundo dicen que tan bien diseñado (para el trabajo, para la producción, para la riqueza), la maternidad tie-

ne muy mal acomodado. En el imaginario del progreso y de la modernidad, la madre no está entre los iconos venerados, sino entre los relegados a planos muy subsidiarios.

Y por si algo le faltase a este mundo tan economicista, he aquí que la más rabiosa modernidad ha dado con la solución: pagar a las madres por tener hijos. Convertir el antiquísimo “**oficio de madre**” en una nueva ocupación pagada por el Estado. ¿Es éste el camino para recuperar el antiguo esplendor de la madre? ¿Hay que volver a los *proletarii* romanos? A éstos el Estado no les pagaba, sino que exoneraba a los padres de todos los impuestos, por considerarse bien pagado con que éstos los criasen hasta que fuesen capaces de empuñar las armas. En ese caso la maternidad aún no era mercenaria.

De todos modos será difícil que conviva un nuevo prestigio de la maternidad con la cultura rabiosamente hedonista que se está promocionando por tierra mar y aire, en la que se diga lo que se diga, se le ha cambiado a la mujer (¡la pareja!, totalmente híbrida) el oficio de madre por el de concubina. Todos los honores y parabienes para este oficio, frente al desprecio profundo por el oficio de madre, con las conductas tremendísimas que se enseñan con respecto a este oficio. El aborto elogiado y promocionado casi como una forma más digna de vivir, no es que digamos el entrenamiento espiritual más adecuado para forjar el espíritu de una madre. No lo es. Una emergencia no sólo de orden fisiológico, sino también de orden espiritual, no puede ser tratada como una trivialidad, como algo sin importancia, como la extirpación de un tumor que interfiere en nuestro bienestar. Pues no, tampoco es eso. No es esa una buena escuela de madres ni de mujeres. ■

Mariano Arnal

Hasta casi setenta etimologías se proponen sobre el nombre de María. Es sin ningún género de duda el nombre más estudiado. Es de origen hebreo, aunque pudo haber llegado a esta lengua a partir del egipcio, igual que el nombre de Moisés. El nombre de María aparece por primera vez en Egipto, y corresponde a la hermana de Moisés y Aarón. Su forma hebrea es *Miryam* o *Maryam*. Si se considera procedente del verbo *Marah* (dominar), María sería la “Señora”. Esta etimología queda reforzada por la afinidad de María con el sustantivo arameo *Marya*, que significa “señor”. Si atendemos al probable origen egipcio de este nombre, procedería de la palabra *Mari-Yam*, que significa “amada de Yahvé”, en la que la raíz *MR* significa “amar”, y *Yam* sería una equivalencia válida de *Yah*, la abreviación de Yahvé, muy frecuente en la composición de nombres. En arameo *Marya* significa señor, por lo que los padres de la Virgen entenderían que el significado de este nombre sería “Señora”. O quizás mejor, considerando la palabra *Mir-yam* como compuesta de *Mir*, contracción de *Me'ir*, el que ilumina, del verbo ‘*or*, brillar, y de *Yam* en vez de *Yah*, contracción de Yahvé, pudieron pensar que María significa *Yahvé ilumina* o *La luz de Yahvé*.

La Virgen, La Virgen Santísima, La Madre de Dios, Nuestra Señora, Santa María, son las denominaciones más frecuentes de **María**. En ellas se contiene toda la grandeza del nombre y de la persona. Lo que hace privilegiada y singular a la Madre de Dios, es la coexistencia de la maternidad y de la virginidad. En una época en que mujer (especialmente mujer casada) era sinónimo de esclava, la virginidad era también sinónimo de libertad. Una mujer que no estaba bajo la potestad de su padre y sin embargo era virgen, era una mujer libre. No estaba sometida a ningún hombre. Y la mayor grandeza era que no por ser libre tuviera que renunciar a ser madre. La maternidad sin esclavitud, la maternidad en la libertad, era la condición que necesitaba para nacer un Dios que venía al mundo a librar de la esclavitud a la humanidad, y dentro de ésta a la mujer, tan duramente esclavizada. La Madre de este Dios tenía que ser un prototipo y un presagio de la libertad y de la dignidad que alcanzaría la mujer gracias a la nueva era que con la maternidad de María se inauguraba para la humanidad. Gracias a que con María cambió radicalmente el prototipo y el ideal de mujer, goza la mujer occidental de un respeto y una libertad incomparablemente mayores que en las demás culturas.

María es la Mujer por excelencia, la Madre por excelencia. En ella confluyen la mayor dignificación de la mujer y de la madre que han conocido las culturas y las religiones. La Madre de Dios ha barrido del cielo a todos los otros prototipos de mujer y de madre anteriores a ella. Y con ella nos hemos quedado, como única divinización de la Mujer y de la Madre. El de María es por eso el nombre de mujer más difundido entre nosotros. Y tiene la singularidad de que siendo el más popular de todos los nombres de mujer, sigue siendo un nombre selecto y exquisito, un auténtico lujo de nombre. Es una verdadera fortuna llamarse María. ¡Felicidades! ■

de *elalmanaque.com*